

nado en nuestros días: el sistema sofisticado de las escuelas se ha sustituido con la exposición libre y desembarazada de la lógica natural, de lo que todo el mundo entiende, sin recurrir á las figuras geométricas de las contrarias y subcontrarias, de las subalternas y de las contradictorias. Permitido y conveniente es indicar el sofisma en que se incurre; pero las sutilezas dialécticas ya están proscritas.

Lo primero que, en sustancia, arguye el Sr. Mendoza, es que el dicho de Platon descansa en una teoría falsa, ya olvidada, la de las ideas innatas. Ruego al que tal cosa afirma consulte los últimos tratados de filosofía como los de Julio Simon, Geruz y Brisbarre, el último de los cuales es de asignatura en Francia: allí verá que la cuestión de las ideas innatas no está tan olvidada como supone: es cierto que ya no se cree que el hombre nazca con tales y cuales ideas ántes de todo desenvolvimiento psicológico; pero tampoco se admite hoy absolutamente el principio de Aristóteles exagerado por Locke y Condillac: «*Nihil est in intellectus quod prius non fuerit insensu.*» La teoría moderna y mas aceptable, es que por ideas innatas se entienden «aquellas que se desarrollan en nosotros por el solo hecho de pensar.» En otros términos, hay dos clases de ideas; las *adventicias* de Descartes ó *á posteriori* de Kant; y las *innatas* ó *á priori* que el entendimiento saca de su propio fondo.

Continúa el Sr. Mendoza poniendo como ejemplo de su sistema á los dementes, como si la psicología pudiera fundarse en los extravíos de un enfermo; como si tratándose de la fuerza digestiva, yo le hubiera puesto de manifiesto un diarreático. Como prueba de que para pensar no es preciso saber hablar, cita mi opositor á los sordomudos, al perro, al caballo y al elefante.

Respecto á los primeros nada de nuevo me enseña, supuesto que yo traté esta cuestión mas á la larga, en un opúsculo que publiqué en 1869, y lo que hay en la cuestión es que el Sr. Mendoza la desfigura suponiendo gigantes los que son molinos de viento. Efectivamente, lo que yo dije en mis observaciones fueron estas palabras: «El lenguaje es un poderoso *auxiliar* de las ideas, de tal manera, que no se comprende un raciocinio algo extenso sin el *auxilio* de la palabra.» Hay, pues, mucha diferencia entre sostener que el lenguaje sirva de desarrollo al pensamiento, y suponer que absolutamente no se pueda pensar sin hablar.

En cuanto á la psicología de los caballos, perros y elefantes de que se hace mérito, no la conozco bien. Con mucho trabajo, algunos libros, y mas que todo con la observación de mí mismo, he podido comprender algo del sistema psicológico humano. Si cuando yo muera se verifica en mí la trasmigración, y voy á dar al cuerpo de un cuadrúpedo, á mi vuelta podré dar alguna razón de lo que pasa en ellos, pues el criterio mas seguro de la psicología es el examen de la propia conciencia; y supongo que lo mismo será en los caballos que en los hombres.

Después de este punto, asienta el Sr. Mendoza, no sé á qué propósito, que él no ha leído mi obra sobre las lenguas indígenas de México, y que ni siquiera sabia existiese. Lo extraño es, que sin haberla leído avance la proposición de que en ella asiento la doctrina, «que las lenguas son de origen divino.» Jamás asenté esa doctrina en mi libro, porque nunca vino al caso; de manera que me permitirá el Sr. Mendoza le diga obra con ligereza al calificar lo que ni siquiera ha leído.

No pudiendo mas adelante recusar el

testimonio decisivo de Herder, confiesa que no ha estudiado filología, ni tiene un solo libro de esta ciencia. Pues bien, si yo me pusiese á discutir con el Sr. Mendoza sobre el modo de confeccionar una medicina, é incurriendo en un error le contestase que no tenia yo conocimientos de farmacia ni obras sobre la materia, ¿qué replicaría? Lo dejo á su propia consideración.

Concluye el Sr. Mendoza con aconsejarme ocupe mis libros en clasificar los idiomas indígenas. Este consejo es muy bueno; pero no le he necesitado: hace años emprendí describir, comparar y clasificar los idiomas mexicanos, y está ya hecha su descripción en dos tomos que llevo publicados, procurando presentar las lenguas indígenas con la *posible* pureza, libres de las formas españolas, latinas y griegas con que las adulteraron los antiguos gramáticos. Bajo el mismo sistema, y conforme á los principios modernos, espero concluir el último tomo, bastante adelantado ya, donde verá el Sr. Mendoza la clasificación que desea, aunque no ha de agradarle, porque en ella no admito ninguna familia de lenguas sublimas.

Voy á concluir este escrito haciendo una breve explicación sobre la manera con que entiendo el origen divino del lenguaje, á fin de evitar nuevas interpretaciones.

No creo con Bonald y los de su escuela que Dios enseñase á hablar á los hombres de una manera material, es decir, que para hablar sea preciso oír hablar; lo que defendí claramente (y es la opinión de muchos filólogos modernos) fue que el lenguaje es natural, espontáneo y en este sentido la obra de Dios, porque Dios dió al hombre la facultad de hablar lo mismo que la de pensar. Lo que no puedo admitir es la suposición del Sr. Mendoza en su primer ar-

tículo, esto es, que los othomíes inventaron su lengua, como se inventa cualquiera otra cosa reflexivamente. Esto es suponer que los othomíes se juntaron un día al rededor de sus hogueras y discutieron cómo se habia de llamar á tal astro, á tal fenómeno, á tal causa, á tal efecto. ¿No se percibe que ya este procedimiento supone el lenguaje?

Pero lo mas importante de todo es que el Sr. Mendoza viene á convenir conmigo ahora, en su contestación: ya no habla de que los othomíes crearan ó inventaran su idioma, sino que asienta estas palabras: «Quiero que se me deje en la creencia de que el lenguaje tenia que salir necesariamente de los labios del hombre como sale de la garganta de los pájaros el canto.» Pues bien, esta es precisamente la opinión que he defendido, esto es lo que llamo espontáneo, pero no es lo que el Sr. Mendoza asienta en su primera disertación donde dice que los othomíes *crearon, inventaron* su lengua. ¿Inventa el pájaro su canto? Pues tampoco el hombre inventó la palabra, esto es, el primer material del lenguaje, como sostuvo ántes el Sr. Mendoza.

Una palabra mas, y concluiré. Para mí no son los críticos, no son los filósofos, no son los lingüistas quienes han explicado mejor el origen del lenguaje; es un poeta guiado de una inspiración felicísima. Me refiero á Milton en su *Paraiso Perdido*. He aquí de qué modo se expresa por boca de Adán:

«Como si acabase de despertar del sueño mas profundo, me encontré tendido muellemente sobre la florida yerba, empapado de un sudor embalsamado que secaron en breve los rayos del sol absorbiendo su vaporosa humedad. Volví mis asombrados ojos hácia el cielo y contemplé durante algun tiempo el espacioso firmamento, hasta

que llevado por un rápido é instintivo impulso, di un salto, como si mi intento faese llegar hasta él, y quedé firme sobre mis piés.

«Divisé en torno mio una colina, un valle, bosques umbríos, llanuras en que se reflejaban los rayos del sol, y una líquida caída de arroyuelos bulliciosos: en estos sitios distinguí criaturas que vivian y se movian, que andaban ó volaban; pajarillos que gorjeaban en las ramas: todo sonreia: mi corazon estaba inundado de gozo y de leite.

«Entónces me recorrí á mí mismo con la vista, y me examiné miembro á miembro; unas veces andaba, otras corria poniendo en juego mis flexibles coyunturas, segun que me impulsaba un vigor animado; pero ignoraba quién era yo, dó de me encontra-

ba, y por qué causa estaba allí. *Intenté hablar y hablé inmediatamente: mi lengua obedeció y pudo nombrar en el acto todo lo que yo veia.*»

Basta ya, por mi parte, de cuestion sobre el othomí, y no volveré á tocarla aunque lo haga el Sr. Mendoza, ya porque no tengo interes alguno en convencerle, ya porque para la importancia que pueda tener científicamente ese idioma, me parece sobrado con dos escritos en pro y dos en contra.

Suplico, pues, únicamente á la Sociedad inserte estos renglones en su Boletin para que las piezas del proceso queden completas, y puedan juzgar los inteligentes con pleno conocimiento.

México, Febrero 1º de 1873.

FRANCISCO PIMENTEL.

CUADRO SINOPTICO

DEL ESTADO DE MICHOACAN EN EL AÑO DE 1872,

FORMADO EN VISTA DE LOS DATOS MAS RECIENTES Y AUTORIZADOS, POR EL INGENIERO TOPÓGRAFO

ANTONIO LINARES, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA.

PRIMERA PARTE.

I.

SERIE CRONOLÓGICA DE LOS GOBERNADORES QUE HA TENIDO EL ESTADO, DESDE ANTES DE LA CONQUISTA HASTA NUESTROS DIAS.

El reino de Michoacan fué gobernado sucesivamente por diez y nueve reyes; pero

Table with 2 columns: Name of ruler and year. Includes Irititacame, chichimeca (1200), Sicuiracha (1225), Pabacumé (1290), Tziriacurí (1329), Cheracú (1365), Sintorchia (1330), Tangaxuan (1422).

Table with 2 columns: Name and year. Includes Tziris (1448), Chiguanhua (1500), Caltzoncin (1525), Tangaxuan (1525), and Lic. D. Lucas de Roca (1625).

Table with 2 columns: Name and year. Lists various officials and their terms, including D. Fernando de Villegas y Peralta (1599), D. Alonso de Saavedra y Guzman (1611), D. Diego de Acebedo y Carbajal (1627), and Sr. almirante D. Diego de Bracamonte Dávila (1655).

II.

DESPUES DE LA CONQUISTA.

El gobierno de la nueva provincia fué encargado á los alcaldes mayores, corregidores é intendentes siguientes:

ALCALDES MAYORES.

Table with 2 columns: Name and year. Lists alcaldes mayores from D. Juan del Hierro (1576) to Alonso Zúñiga (1596).